



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Ricardo J. Catarineu)



—Poeta de bríos,
persona de gusto,
por ser *de la casa* tengo que alabarle
menos de lo justo.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—La máquina, por Luis de Assoranza.—Aquella, por Eduardo de Palacin.—Lo que son mujeres, por Sinesio Delgado.—Sobre vino... por Antonio Montalbán.—Los ignorantes, por José Zahonero.—Un adjetivo, por Sixto Celorrio.—¡Eche usted impuestos! ó el calvario del hostelero, por Juan Pérez Zúñiga.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Ricardo J. Catarineu.—En el puesto.—Los que vuelven (cuatro viñetas).—Los atractivos de San Sebastián.—Alta política, por Cilla.



DE TODO UN POCO

(ESPINHO)

Ya ha comenzado el desfile de personajes españoles, entre los cuales figura *Tovarito*.

El «vate de Pissenzuela» salió el lunes para los baños de Montemayor, siempre con sus alforjas y su secretario particular.

A despedirle fueron á la estación muchos de sus admiradores, y él tenía una frase poética para cada uno, según la edad y el sexo.

Al arrancar el tren, el vate, asomado á la ventanilla del coche, vertió las siguientes perlas:

«Adiós, mar como el armiño,
que es del cielo imagen viva;
adiós, importante Espiño,
tierra sana y productiva.»

* *

Á fines de Agosto, la mayoría de los españoles abandonan la playa para volver á sus hogares, y se hace difícil conseguir asiento en los trenes que pasan por esta estación.

Hay carruajes que conducen mayor número de viajeros de los que permiten las leyes.

En un coche de segunda, donde sólo caben doce personas, salieron ayer quince, y entre ellas una señorita de Torrijos que tuvo que ir sentada encima de un sacerdote portugués.

En la rejilla del carruaje, con la cabeza apoyada en una sombrerera, iba una criatura de dos años y medio. La mamá sostenía en sus brazos otra criatura de seis meses, y el papá había cargado con otra; de cuando en cuando, el niño de arriba se echaba á llorar, y los de abajo, por no ser menos, rompían en copioso llanto.

—¡Calla, Isolinito!—gritaba la madre dirigiéndose al de la rejilla.

—¡Hué... hué!...—contestaba el niño.

—Estoy por subir y reventarte.

—¡Hué... hué!...

Entonces la mamá, muy irritada, decía á un viajero, entregándole la criatura que llevaba en los brazos:

—Hágame usted el favor de tenerme al niño por un rato, mientras le pego cuatro azotes al de arriba.

Y le pegaba, efectivamente, hasta excitar el enojo del marido, que gritaba furioso:

—¡Basta, Lorenza!

—No quiero.

—Yo soy su padre.

—Y yo su madre, y tú no me vas á enseñar á corregir á mis hijos.

—No permito que te ciegues, porque tú eres muy bruta y no sabes dónde das.

El viajero que sostenía en brazos al niño chiquitín se sentía húmedo, y trataba de entregárselo á cualquiera, pero nadie quería cargar con aquella esponja viviente, y la mamá, por su parte, estaba muy atareada pegando al de la rejilla y no podía encargarse de la criatura, hasta que el padre puso fin á aquella situación difícil diciendo imperativamente á su mujer:

—Lorenza, ó dejas de pegar á Isolinito, ó le arrojo de cabeza por la ventanilla.

Ante aquella amenaza, la mamá suspendió su tarea, no sin protestar y dirigir insultos á su esposo.

—¿Qué dirán estos señores?—decía, toda sofocada.—¿Te parece bonito el espectáculo? ¡Grosero! ¡Hombre sin educación! ¡Asturianote!

—Cállate, Lorenza.

—Siempre has de meter la pata delante de la gente.

—¡Señora! ¿Me hace usted el favor de encargarse de esta criatura, que está chorreando?—decía con acento suplicante el viajero nodriza.

—Démele usted, y tantas gracias... ¡Ay, pobrecito! No sé cómo vives con los disgustos que me da tu padre... Ven acá tú, monín, que estás mamando veneno.

—Cállate, Lorenza—interrumpía el esposo.

—Sí, señor, veneno—replicaba ella,—porque me das muchas desazones y no tienes consideración ni te acuerdas de que estoy criando... Por algo no quería yo salir de mi casa, porque te conozco mucho... ¿Y para qué hemos venido á Espinho? Para tenerme encerrada con los chicos, mientras tú te ibas á la ruleta y adonde te daba la gana. ¡Y luego venías á las doce de la noche oliendo á bebida!...

—¿Te callas ó no?

—¿Qué dirán estos señores?

Los viajeros no decían nada; pero el que más y el que menos iba pensando en las delicias del matrimonio y en lo bien que se viaja hoy día.

Sólo la joven de Torrijos permanecía alejada de la cuestión. Sin darse cuenta de que tenía por base un sacerdote, recordaba con lágrimas en los ojos las dulces horas pasadas en la *Asamblea*. Allí, un chico portugués, perteneciente á una de las mejores familias de Lamego, le había declarado su pasión. Aún sonaban en su oído aquellas hermosas palabras:

—Senhorita, eu fico namorado de vossa exelencia, é se nao sao correspondido estou disposto á morrer.

¡Desgraciada joven de Torrijos!

¡Tener que abandonar al ser amado en lo mejor de la temporada!

¡Verse en la dura precisión de trasladarse al pueblo de su naturaleza, dejando el alma en poder del joven luso!...

¡Ah, infelice!

* *

El joven luso se ha quedado aquí, triste, acongojado, con el lazo de la corbata torcido y los pelos revueltos.

No ha querido volver á la *Asamblea* ni al Salón Braganza, adonde solía asistir *jellat* acompañando á su papá, que iba á jugar medio duro todas las noches á la línea del 17.

Mientras los demás bañistas se entregan al placer, el joven luso se dirige á la playa, penetra en la caseta en que solía desnudarse la chica de Torrijos cuando iba al baño, y allí aspira el perfume de la mujer amada, y piensa en ella, y á través de su poderosa fantasía la ve en Torrijos, sentada en un banco, con los ojos llenos de lágrimas y el pelo suelto. Está llorando por él, por su luso, por su Sebastiao...

El joven vaga errante por las *ruas*, sin darse cuenta de lo que pasa á su alrededor, y para adormecer sus penas, bebe y bebe y bebe sin cesar.

Y hay días en que, sin saber cómo, se gasta doscientos ó trescientos reis en aguardiente... Sobre seis reales diarios, ¡Qué horror!

Luis Taboada.

* *

La máquina.

I
En una pobre guardilla estrecha y desmantelada, que alambra humoso quinqué con luz tamborosa y pálida, se Rosa pasar la noche

dale que dale á la máquina, con mucho frío en el cuerpo y mucho frío en el alma. Es hermosa... y aunque sabe que con sola una palabra su bienestar cambiaría

lo que es existencia ingrata,
paso el pudor en su boca
candado de repugnancia
y sigue, sin que proteste,
dale que dale á la máquina.

II

Hizo el amor de las suyas
y nació la pobre muchacha
al poder de la vergüenza
el de una pasión honrada...
Si antes no temió que el vicio
la venciera en la batalla
que contra su soledad
y su cansancio libraba,
ahora, que ve que el placer
no es una palabra vana,
y que da luz á su vida
el rayo de la esperanza,
teniendo el triunfo por cierto
y la dicha por lograda,
piensa en él... sonríe... y sigue
dale que dale á la máquina.

III

Ingrato el hombre en que puso
la infeliz todas sus ansias,
déjole á Rosa de nuevo
á solas con su desgracia,
y, aunque le da el desengaño,
á más de tristeza, rabia,
y piensa que acaso existe
un placer en la venganza,
y que en su gran hermosura
tiene las mejores armas

para dominar rebeldes
á los encantos del alma,
no ya el pudor, que tan sólo
con estas dudas se mancha,
tampoco el amor, que mira
como memoria lejana...
el orgullo del soldado
que nunca vuelve la espalda
y, al morir, de la bandera
hace él mismo su mortaja,
que desfallezca la impide,
contiene sus tristes lágrimas
y sigue, como una autómatas,
dale que dale á la máquina.

IV

Tú, que al nacer te encontraste
con la vida preparada
cual blando cojín de pluma
donde tu cuerpo descansa;
tú, que caerías vencida,
si es que luchar intentabas,
por pereza, por fastidio,
por espanto... ó por liviana,
respetas el ruido que turba
tu sueño al nacer el alba,
y piensas que en la guardilla
estrecha y desmantelada,
que alumbraba humoso quinqué
con luz temblorosa y pálida,
ó hay un pudor que resiste,
ó un amor con esperanza,
ó un orgullo de valiente
que no depone sus armas...
¡Fuerzas que pasan la noche
dale que dale á una máquina!

Luis de Anorena.

Aquella.

—Una mujer á quien yo quería más que á las niñas de mis ojos.
—Se entiende.
—Y como guapa, y como buena moza, y como graciosa, y como viva...
—Que sí.
—Aquello era, no una onza de oro por lo bonita, sino todas las onzas de oro de un Potosí submarino. ¿No había de quererla? ¡Digo, que para mí no había en el mundo, muerta mi probética mare, nada más que mi Lola, ni veía más que Lolitas por todas partes y todo me sabía á Lola.
—Bueno está ya, hombre; sigue tu cuento.
—Yo no sé cómo, pero que ella me vio, y me atendió, y se dejó convidar una vez, acompañada por su padre y por su madre, que no la perdían de vista ni siquiera un momento.
—¡Yat Una joya de ese valor...
—Por fin, que tomó relaciones conmigo, pero formales, como para casarnos en cuanto que hubiera...
—¿Alguna vacante?
—Dinero para los primeros gastos.
—¿No pensabais en comer más que el día de la boda?
—Yo no pensaba más que en quererla y en vivir á su vera á todas las horas del día.
—¡Valiente moscarda!
—Iba todo muy bien; pero la mala sombra nos persiguió y... luego aquel desgraciado que se interpuso en mi camino...
—¡Cosas de la vida!
—El tenía dinero, brillantes, hotel, coches, caballos...
—Hasta «chincielitas» tendría, ya puesto á comprar, tendría de todo, mientras que tú, como yo, aunque sea mala comparación, no tenemos ni eso, vamos, ni bincicleta.
—¿Quién había de decir que hubiera yo de verme en la situación en que me veo por aquella infame?
—¡Cositas del mundo!
—El canalla consiguió robármela, porque era mía, Lola era mía.
—Bueno está.
—Luego el padre y la madre y todos conspiraron en mi contra, y la aconsejaron y me la volvieron. ¡Cómo pudo olvidar aquella mujer las horas que habíamos pasado juntos, y mi amor tan puro y tan desinteresado!
—Las hembras tienen muy mala memoria, niño.
—De la noche á la mañana desapareció, no volví á saber de ella. Un día tropecé con el miserable; es decir, le buscaba, diciendo la verdad, y di con él.
—Por fin.
—Le insulté, le desafié, le maté.

—Requiescat in pace: no te faltó más que disecarle y llevártelo pa casa y ponerle encima de una mesa.
—Pero ella, ¿qué habrá sido de ella? ¡Ah! ¡si tú la conocieras, si tú vieras lo hermosa que es!...
—Me lo figuro.
—Si tú vieras aquellos ojos, aquellas pestañas; si hubieras sentido en tus labios... aquellos labios...
—Tú eres un chaval comparado conmigo. Ya tú ves.
—¿Y qué?
—Que te ves aquí en un presidio, como aquel que dice, por causa de esa mujer, como Juan José.
—Cabales.
—Y que yo he tenido el honor de conocerte hace pocos días: los que van desde mi llegada á esta... universidad.
—Así es.
—En estos días me has colocado el cuento de la Lola ó el señorito desenyuelto, cuando menos, diez á doce veces.
—Perdona, hombre.
—No es eso, no seas criatura; desahógate, que á mí no me molesta. Tengo más experiencia que tú y sé lo que es la vida. Ojalá supiera lo mismo en este momento lo que es la libertad. Pero todo se andará.
—¡Ah! Si tú supieras lo que era aquella mujer...
—Ea, para que te enteres; yo soy el que se la llevó cuando tú despachaste al señorito.
—¿Qué?
—¿Pues por quién estoy yo aquí sino por ella?
—¿Cómo?
—Que un día la aticé un volapié atravesao y...
—¿La mataste? ¡la mataste?
—¡Ca! Hay Lola para rato: luego te enseñaré la última carta; no deja de escribirme ni siquiera un correo.
—¡Ella!
—Sí, porque, al fin, ella conoce mis buenas intenciones y está agradecida á lo que hice y á lo que hubiera querido hacer por ella.
—¡Lola! ¡tuya!
—Cositas del mundo, Dieguiyo.

Eduardo de Palacio.

EN EL PUESTO



—Pues señor, tan y mientras que no haiga otro crimen gorlo, pué decirse que la venta es buena. Tóo lo más que vienen á comprar son cajas de cerillas de las que tien estampas dentro.

LOS QUE VUELVEN



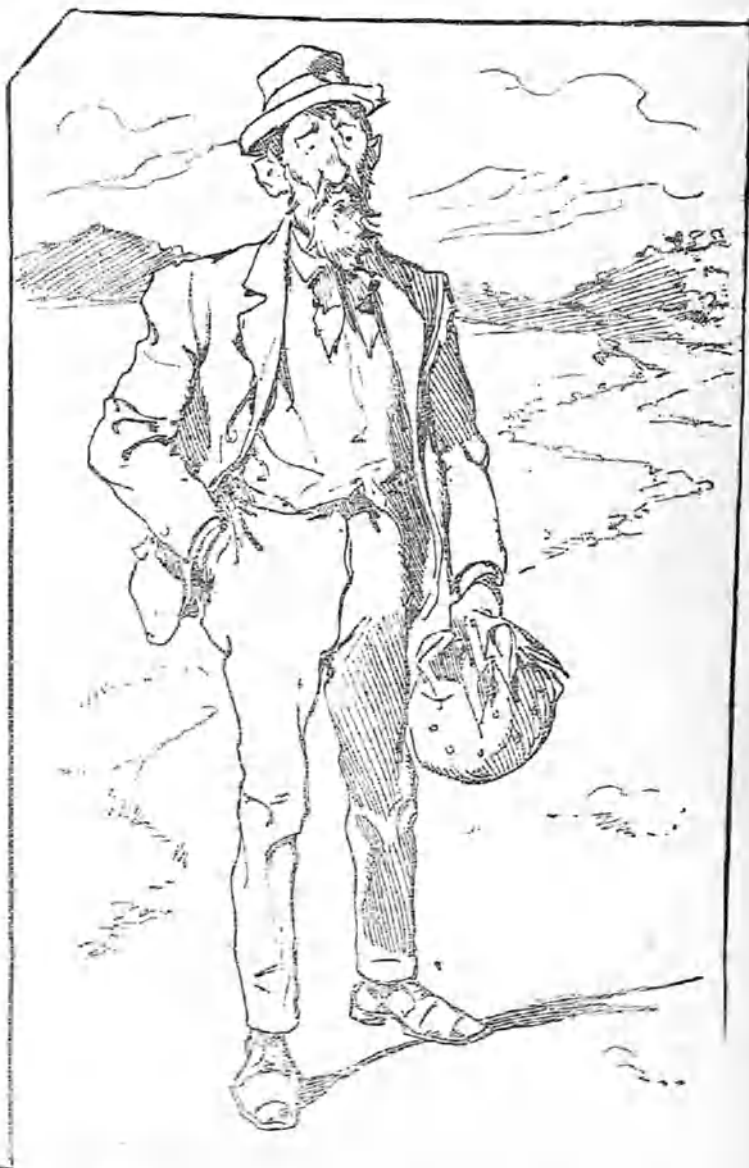
De los baños medicinales, que le han sentado como un tiro. ¡Pero ya se guardará él muy bien de confesarlo!



Ella de Santander, él de Fortuna; ella de estar con uno y él con una.



De acompañar a Morét, para ver si decía algo nuevo.



De probar una combinación infalible en el Gran Casino. Dos que hacen cuatro, cuatro que hacen ocho y ocho que hacen volver á pie á casa.

LO QUE SON MUJERES

Me pareció siempre Lola
excesivamente guapa
y extremadamente fácil,
que era lo que me importaba.
Porque la coquetería
llevaba impresa en la cara
con gestos muy zalameros
y miraditas muy lánguidas.
Cierto que, según decían,
quería con toda el alma
á un pedazo de alcornoque
indigno de aquella ganga;
pero eso no era un obstáculo,
pues por sabido se calla
que el fuego de esos amores
á los dos meses se apaga
cuando tienen las mujeres,
como aquella, mucha gracia
y la rinden á los hombres
incapaces de apreciarla.
Yo me figuré al de Lola,
inocente majagranzas
de sus caprichos esclavo,
embelesado adorándola
y loco por tanta suerte
rendido siempre á sus plantas,
juguete de sus descos,
pendiente de sus palabras...
y apreté el cerco de firma
con la risueña esperanza
de verme á los pocos días
vencedor en la batalla.
Pero mi gozo en un pozo;
¡adiós, ilusión dorada!
Aunque siguen pareciéndome
él mastuerzo y ella guapa,
lo dejo, porque he sabido
que él la pega y la maltrata,
¡y ahora sí que estoy seguro
de que no consigo nada!

Sinesio Delgado.

★

Sobre vino.

En el rincón oscuro de una tasca
se discute un encarte de la brisca
entre el digno *allegado* de la Prisca
y el que *tiene que ver* con la Tarasca.

El alcohol los gargueros desatasca
en forma tan airada y levantisca,
que ya cualquiera de los dos se arrisca
por si cualquiera de los dos *se rasca*.

A cual más agresivo, á cual más brusco,
toma cariz espeluznante el chasco
entre melodramático y grotesco;
pero al intervenir de un modo chusco
el tabernero y escanciar del frasco,
quédanse incontinenti á cual más fresco.

Antonio Montalbán.

LOS ATRACTIVOS DE SAN SEBASTIÁN



—¡Oh terrible desgracia! ¡Oh infortunio!
¡Cruelísimos hados! ¡Suerte impial!
Estoy matando pulgas desde Junio
y tengo más *picores* cada día.

Los ignorantes

I

Entraron cogidos del brazo por la puerta que da entrada á la Casa de Campo; Martirio acercaba su cabeza á la de Fernando; ambos iban muy juntitos bajo la sombrilla que ella sostenía en su blanca y diminuta mano.

Caminaban lentamente cuchicheando y riendo.

Eran las tres de la tarde de un calurosísimo día de verano. En los bosquecillos reinaba un profundo silencio; por las frondosidades umbrías soplaba una levisima brisa de frescura placentera; allá á lo lejos, como ecos lejanos de otro mundo, se oían toques de corneta y confuso rumor de músicas y de muchedumbres que se hallaran á mucha distancia; pero ni Martirio ni Fernando se daban cuenta de tales sonidos; éstos producían en aquellos paseantes sensaciones incompletas á las cuales no prestaban atención.

—Mira—decía Martirio á Fernando en voz muy baja, señalando

á la rama de un árbol,—¿no lo ves... tonto?... Un pajarillo que lleva una plumita en el pico; será para el nido.

—¡Ah! sí; pero no es para el nido... no es ahora el tiempo... están de muda los pájaros y á veces ellos mismos se arrancan las plumas.

—¿Qué es, un verderón? No, mejor parece un jilguero.

—Un jilguero, ¿no le ves el corbatín encarnado?... ¡Ah! pero... no le mires tanto... mírame...

Y los muy bobalicones se miraron el uno al otro, y á la ternura y encendida ilusión que revelaban los negros ojos de Fernando respondieron con gratitud y alegría los azules hermosísimos ojos de Martirio, y en su ovalado rostro, ligeramente pálido, apareció un bellissimo color de rosa. Pudibundez de novia.

—¡Qué felices somos!—exclamó Fernando.

—Sí; ¡bendito sea Dios!—replicó Martirio bajando sus ojos por un sentimiento de piadoso recuerdo de la ceremonia nupcial que tres días antes se había realizado en la iglesia de Santiago.

Ambos callaron por breves instantes y prosiguieron andando como sonámbulos. Iban embriagados por la dicha de sentirse libres y unidos. Se detuvieron un instante al llegar frente á una glorieta formada por un incorrecto círculo de grandes álamos á un

lado del camino y alfombrado de grama, que en algunos sitios había tostado el sol y en otros conservaba verdor y lozanía. Allí, sentado en una piedra vieron á un viejo; un guarda que tenía la cabeza descubierta y el pelo blanco nieve, el rostro moreno y rugoso; hallábase fumando con verdadera delicia un grueso pitillo toscamente hecho por unos dedos gordos y trémulos.

—Es un guarda... ¡Qué viejecito!—dijo Martirio.

—Sí es viejo... pero está bueno... ha de ser de mucha fibra—replicó Fernando.

El viejo los miró con indiferencia y ellos con un vivo sentimiento de simpatía, como se mira á un amigo... Luego prosiguieron su camino dando á aquel encuentro mucha importancia, porque les asaltó la duda de si habría ó no pensado bien el abuelo al ver una pareja de jóvenes por aquellos sitios y á aquellas horas. Sin embargo, Fernando pensó después y se lo dijo muy formalmente á Martirio para tranquilizarla:

—¿Crees que él no comprende que somos marido y mujer? Eso se conoce, vaya si se conoce.

Luego Fernando habló á Martirio en ese lenguaje intraducible, delicado y armonioso propio de los enamorados; idioma de gorjeos misteriosos en que se dicen sus cosas los pájarillos amantes. Martirio escuchaba con deleite y silencioso arrobamiento... Después...

Yo no puedo decirlo sino empleando frase mía, muy mía, y que ya he dicho en otro tiempo, sonó una nota de dos labios, nota como un pío, que el pío de los pájaros es un beso en música... Fué rápido, inevitable... A ellos mismos les produjo un efecto extraño, se avergonzaron, quedaron como si hubieran cometido una profanación en aquel lugar, en aquella selva del rey, en aquel bosque silencioso y magnífico y solemne como un templo... En el lago cercano se oyó el chapuzón de una rana, un pajarillo revoloteó de un árbol á otro, una parda lagartija se escondió entre la grieta de una piedra... Ellos pensaron que toda aquella gentecilla no huía del ruido de las pisadas de los dos paseantes, sino escandalizados por aquel beso tan ardiente y tan apasionado.

—¡Juicio, Fernando, por Dios! Si te hubieran visto...—exclamó Martirio.— Juicio... Vamos, hablaremos de cosas serias...

—Hermosa de mi alma... ¿quién habría de decirme hace un año, cuando te vi á la salida de misa en San Ginés, que te había de tener á mi lado... tan cerca de mí?...—

—¿Y quién que hablamos de casarnos después de lo que nos han hecho rabiar?... Tu padre no quería... no...

—¡Ah! pero todo ha pasado... Ya nadie podrá separarnos.

—Nadie... sólo Dios...—exclamó Martirio.

—Dios... sí podrá... pero no querrá. Aquí y hasta en el otro mundo nos tendrá unidos...

—No hables de cosas tristes... Sabes que es necesario comprar un aparadorcito... En ese armario se nos romperá la loza... nuestra vajilla. ¿Vajilla? Una media docena de platos, una fuente, una eopera. ¡Vaya una vajilla! ¡Y qué casa! Como un nido chiquitito. Una alcoba, una salita, una cocina y dos cuartos más muy estrechos. Un piso alto muy iluminado, muy alegre.

Las riquezas de los recién casados podían ponerse en un inventario del tamaño de un papel de fumar. Dos baulitos, un palanganero, seis sillas, una mesa, una cama y cuatro cacharritos de loza de muñecos.

Esto les hizo reír. Luego recordaron los incidentes del día de la boda. ¡Qué honita la imagen que había en el altar!... Martirio la recordaba; Fernando no se había fijado en ella. ¡Y D. Anselmo, el padrino, con su hermosa levita negra, su cara de protector satisfecho de sí mismo!... ¡Y D.^a María, la madrina, frescachona, gozosa, remozada!... ¡Cuántos dulces robaron los chicos!

—A propósito—exclamó Fernando—y dirigió una pregunta extraña, inesperada y nueva á Martirio.

—Sí, con toda mi alma—replicó ella.

Y nuevo enchicheo monótono, dulzón, incoloro, inarmonioso para otros que no fueran ellos, que se lo hablaban y se lo entendían.

Y así continuaron quién sabe cuánto tiempo al suave rumor de las hojas movidas por la brisa, al ruido cristalino de arroyuelos y regajales corrientes... Allí lejos, muy lejos, volvían á oírse confundidamente sonidos así como de toque de cornetas y de músicas y ruido bullicioso de gentes y estruendo de trenes y de caballos.

II

Bosques, glorietas, altos y bajos, caminos y veredas de la Casa de Campo, todo se hallaba solitario. Allí, como en el paraíso, dos almas gozaban de las delicias de esa fase del amor que solo tiene propia denominación en español... por palabra intraducible en idioma alguno: de las delicias del cariño.

El mundo no existía fuera de los límites de aquel lugar en que ellos se hallaban, nada había sino aquel embeleso, aquel encantamiento, aquella convivencia de dos criaturas en un estado de vida semejante á la infancia por su inocencia, su libertad y su sinceridad angelical.

Al oscurecer, Martirio y Fernando se sobresaltaron al notar que ya era muy tarde... Levantáronse bruscamente del banco rústico en que se habían sentado... y salieron á buen paso de la Casa de Campo... y riendo, casi jugando en porfía de ver si ella podía seguir los pasos de él... llegaron á las grandes calles...

Sorpres grande les causó ver las calles concurridas por mucha gente que iba y venía como de fiesta; Martirio y Fernando tuvieron que detenerse dos ó tres veces en las esquinas en tanto que

pasaban batallones con sus músicas... ó carrozas lujosas. Hallaron mucho personaje de gran uniforme.

—¿Qué es esto?—dijo Martirio.

—Habrá habido procesión—replicó Fernando.

—Procesión... hoy... ¡no es posible!

—O gran parada.

Y no se dijeron más. Se hubieran detenido de buena gana á preguntar á algún transeunte qué era lo que motivaba aquella animación... pero Martirio sintió de pronto un profundo desprecio á todas aquellas quisquiosas de las calles...

—Ya lo sabremos—dijo, y arrestró tras de sí á su maridito.— Ya está nuestra cena... *Nada*... una riquísima cazorrita de ternera asada... y un soberbio racimo de uvas... le comeremos juntos; id pícara de un lado... yo de otro... como los pájaros.

En esto resonaron, estruendosos y atronadores, lenta y sucesivamente, algunos cañonazos. Enterrábase en aquel momento á un grande hombre, á un gran político, y acababa la historia el período último de una página de gran interés y de profunda filosofía.

Martirio y Fernando comían entretanto su racimo de uvas... grano á grano... gozosa y gozosamente.

José Zuharero.

Un adjetivo.

Cierta día, en un salón
armó bronca un mal torero,
y al instante el camarero
le tiró por el balcón.
Tan tremendo *cacorrón*
favoreció al desdichado,
pues si antes era silbado
cuando salía á matar,
cuando le podré hoy negar
que es un torero *arrojado*.

Sinto Calvoco

¡ÉCHE USTED IMPUESTOS!

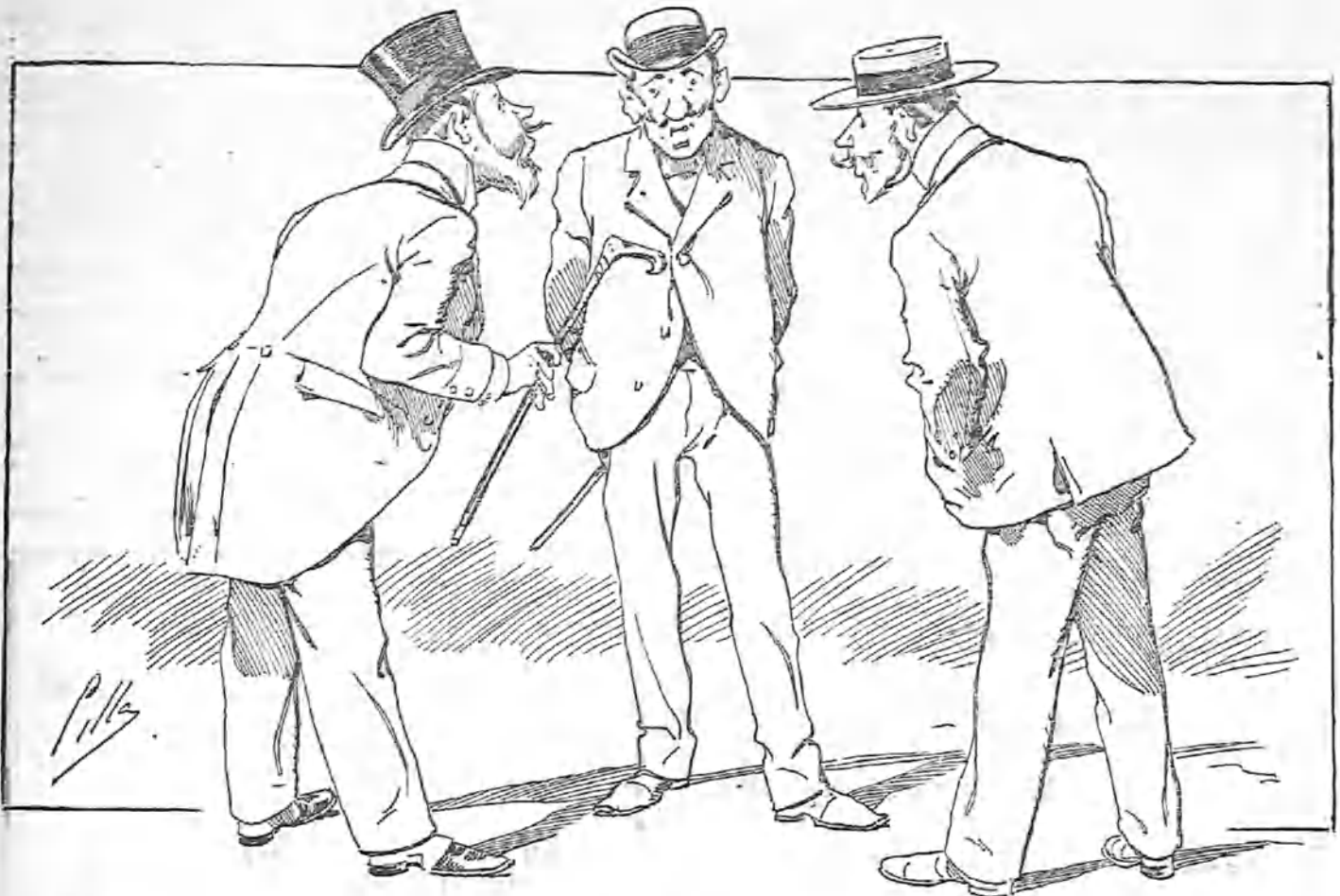
El calvario del hortelano.

Tras de sufrir del cultivo los gastos y las molestias, y pagar contribuciones más ó menos indirectas, y vivir constantemente pensando si se presenta alguna nube en el cielo ó algún recargo en la tierra, remite el pobre Jeromo, desde la misera huerta que tiene en Valdearugos, cuatro banastas repletas de tomates á la villa del oso, y cuando las echa sobre el carro de transportes exclama con faz risueña: —¡Gracias á Dios que después de haberme *dao* tanta guerra cultivar mis tomatitos, voy á ver la recompensala. Satisfecho, ó resignado, al tomar la carretera paga al dueño el alquiler del carro y el de las bestias. Ya en marcha, se felicita de que no cobre la Hacienda los portazgos y pontazgos que cobraba en otras épocas; pero se atranca en los baches del camino, y hasta vuelca; que á pesar de tanto impuesto no hay un camino sin grietas. Llega á Madrid, á la entrada paga derechos de puertas ó consumo, que le alivian de peso la faltriguera, y ha de entrar á las de pincho si, por lo del vuelco, llega ya de noche, y no prefiere que se quede el carro fuera. Pasado el contrarregistro, sabe á la plaza, y se encuentra con que un sujeto de gorra le pide un tanto por bestia,

es decir, por cada mula, cantidad que, aunque pequeña, le indemniza al municipio del desgaste de las piedras. Después, si no es que le multan, por no descuido cualquiera, sigue andando, y ya no paga nada más hasta que suelta el género en el mercado. Allí al Municipio entrega no sé cuánto por tributo de *ago*, y una vez puestas las banastas en el suelo, nuevo tributo le cuelgan: el de *plaza*. Luego tiene que hacer amistad estrecha con el romanero, dándole no sé qué tanto al que pesa, y ya no paga ni un céntimo hasta que se le presenta, para colmo de amarguras, el corredor, buena pieza, que al pagar á bajo precio lo que el hortelano lleva, se lo abona en perras gordas, que son más gordas que buenas, según ve Jeromo en el parador donde se hospeda. Y al regresar de *vacio* (¡mira, lector, qué *retreza!*) va el infeliz más *cargado* que cuando dejó su huerta, pues ha perdido en un día los tomates, la paciencia y el dinero que guardara con tanto mimo en la aldea. Pues bien, después de sahido todo esto, ma *craspera* ver que al venir de la compra suele decir mi doméstica: —«Señor, están los tomates muy caros en la plaza. ¿Así no han de hacerse ricos los hortelanos? ¡Por fuerzala

Juan Pérez Sinioga

Alta política.



—¿Saben ustedes en qué consiste? En que perseguimos distintos ideales.
—Justo. Distintos ideales... y los mismos destinos.

CHISMES Y CUENTOS

Sí, chismes y cuentos que esta vez van á ser enteramente bíblicos, aunque parezca mentira.

Porque es el caso que esta semana he recibido una carta firmada por *Otro curioso*, (y ya van dos curiosos... impertinentes) en la cual, á vuelta de una porción de cuchufletas, no todas de buen gusto, hace mi hombre una pregunta que no puede quedar sin respuesta.

Escribía yo en el número anterior:

«Dios decía á los capitanes del ejército de Israel: Entrad en aquella ciudad y no dejéis piedra sobre piedra, y pasad á cuchillo á todos sus habitantes, hombres, mujeres y niños, y no dejéis con vida ni á los animales domésticos.»

Y dice el *curioso*, que por lo visto no es tan curioso como parece, porque á estas horas todavía no se ha enterado de la Biblia:

—«No paso á creer que Dios, que es todo misericordia, como usted dice, haya dicho nunca esa barbaridad que usted le cuelga para demostrar que no se debe tener piedad de los insurrectos.»

Por lo que yo no paso es por que usted se figure que levanto falsos testimonios á nadie, y menos al Hacedor de todas las cosas.

Y allá van textos sagrados:

«LIBRO DE LOS NÚMEROS (de que el señor curioso no ha oído hablar en su vida). Capítulo 20.

Versículo 13.—Luego que Jehová tu Dios la entregare en tu mano (la ciudad) herirás á todo varón suyo á filo de espada.

Versículo 14.—Solamente las mujeres y los niños y los animales y todo lo que hubiere en la ciudad, todos sus despojos tomarás para tí, y comerás del despojo de tus enemigos, los cuales Jehová tu Dios te entregó.»

Hasta ahora se han salvado los niños y las mujeres, ¿verdad? Pues siga usted leyendo:

Versículo 15.—Así harás á todas las ciudades que estuvieren muy lejos de tí, que no fueren de las ciudades de estas gentes.

Versículo 16.—Empero de las ciudades de estos pueblos que Jehová tu Dios te da por heredad, ninguna persona dejarás con vida.»

¿Ve usted? Ya no se salvan más que los animales.

Pero todo se andará. Vamos al capítulo 6.º del libro Josué, que trata de la toma de Jericó.

Usted sabe (esto si lo sabe usted porque hasta los periódicos lo han dicho algunas veces) que las murallas de la ciudad cayeron por sí solas á toque de trompeta. Pues bien, una vez derrumbadas las murallas...

Versículo 20.—...El pueblo subió luego á la ciudad, cada uno en derecho de sí, y tomáronla.

Versículo 21.—Y destruyeron todo lo que en la ciudad había; hombres y mujeres, mozos y viejos, hasta los bueyes, y ovejas, y asnos, á filo de espada.»

¡Ea! Ya queda demostrado mi aserto en todas sus partes.

Pero por si acaso remacharemos el clavo, si á usted le parece, porque en las guerras sostenidas por los israelitas para la conquista de la tierra de promisión abundan los ejemplos.

LIBRO DE JOSUÉ. Capítulo 8.º, en que se detalla la toma de Hai, gracias á una emboscada preparada hábilmente:

Versículo 24.—Y cuando los israelitas acabaron de matar á todos los moradores de Hai en el campo, en el desierto donde ellos los habían perseguido, y que todos habían caído á filo de espada hasta ser consumidos, todos los israelitas se tornaron á Hai y también la pusieron á cuchillo.

Versículo 27.—Empero los israelitas tomaron para sí las bestias y los despojos de la ciudad, conforme á la palabra de Jehová, que él había mandado á Josué.

Versículo 28.—Y Josué quemó á Hai y redujola á un montón perpetuo asolado hasta hoy.»

Bueno, supongo que ya basta para que el señor curioso comprenda dos cosas.

Que el general Weyler tiene poderosas razones en que apoyarse para hacer en Cuba guerra de exterminio, aparte de las que pudieran proporcionarle las madres españolas que se han quedado sin hijos, macheteados por sus hermanos los mambises.

Y que no se debe hacer objeciones, aunque sea á título de curiosidad, cuando no se sabe nada de nada.

Á todo esto, puede que el *otro curioso* no crea en la Biblia.

En ese caso no hay nada de lo dicho.

Pero ¡desgraciado de él! Porque el castigo está bien claro al principio del sagrado libro: ¡Anatema sit!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

C. P. Da.—Muy medianas. Medianísimas. No haga usted nunca versos para música.

Un periodista provinciano.—Dice usted: «Yo he hecho la misma ó parecida excursión que ustedes y no he sentido el *hambre de Mataró, el miedo de Montserrat, etc.*» Bueno. Y además no ha leído usted los apuntes. Porque el que yo haya perdido un duro en la rambla de Sabadell, pongo por ejemplo, y lo cuente en mis impresiones de viaje, no quiere decir que todo el que pasa por la rambla de Sabadell pierda un duro.

Dilettanti.—Se va usted á asombrar de que le diga una cosa. ¡Eso no son versos!

Un aragonés.—El interés que demuestra merece mi profundo agradecimiento. El último párrafo, particularmente, me ha llenado de júbilo. Al fin y al cabo todos somos vanidosos, ¡qué porra!

Amoury.—Se publicará.

Sr. D. F. A. de C.—Gracias por todo. Lo de la librería no puedo explicárselo á usted. Lo reciben antes los que tienen suscripciones, pero generalmente son para servirlos en el extranjero. Son publicables las menudencias únicamente.

Sr. D. F. O. F. de A.—Siento no poder aprovechar ninguno.

Un atrevido.—Antes de fin de mes remitiré á usted la cuartilla.

Un principiante.—Es larguísima, dada la escasa importancia del asunto.

Sr. D. A. S. C.—Deploro tener que decirle lo que á D. P. O. F. un poco más arriba.

Mecachís.—Me pregunta usted demasiadas cosas para que yo pueda contestarle... ¡Ay, no tengo espacio!

Un futuro conocido.—El soneto tiene corte clásico, pero hay un verdadero abuso de verbos en las terminaciones. Y eso lo echa todo á perder.

Sr. D. M. S. R.—Aunque no tuviera otro defecto, siempre tendría el gravísimo de la longitud. Porque cuatrocientos versos no hay quien se los lea de una sentada en los tiempos que corren.

Uno de caballería.—Gracias por sus elogios. El asunto de la composición es un tantico herético. Porque San Pedro no puede tener esas teorías.

Desengaño.—Tiene usted razón; son conatos de versos. Pero ¡ay! desgraciadamente no pasan de conatos.

X. X.—Hombre, ¡por Dios!, aquello no podía ir con usted. Se trataba de una composición mía copiada de cabo á rabo. Hubo indudablemente coincidencia de firma.

Otro curioso.—Se contesta en los *Chismes y cuentos*.

Cartomanía.—Hay gansos de primera, segunda y tercera clase. Usted es de primera.

Un punto filipino.—No, no; no lleva usted buen camino. Porque empiezo usted por no contar las sílabas.

Sr. D. J. C. V.—De la forma nada tengo que decir. No tienen más defecto que la falta de novedad.

Sr. D. J. C.—¡Cuánto siento decirle que ha querido usted hacer versos y ni por casualidad le ha salido uno!

Castañuelas.—También siento no poder utilizar ninguna de las dos.

Camporal.—Para el álbum sí sirve, ¡ya lo creo que sirve! Porque se ponga que el objeto de sus ansias no se asustará ya de eso, ¿eh?

Décima.—Se publicará.

Nota.—Me es imposible contestar á todos, porque se me quedan detenidas las respuestas de una semana para otra y nos embrollamos. Pero conste que de las restantes no he podido aprovechar ninguna.

Plumeros.

Cepillos.

Gamuzas.

Completo surtido.

Precios ventajosos.

HIJOS DE M. GRASES.—Fuencarral, 8.

PEDID
CONSERVAS DE CARNES, AVES, PESCADOS
DE MAR Y RÍO
Y MARISCOS

Marca LA NOYESA

DE J. CAAMAÑO Y C.^a

De venta en todos los ultramarinos.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Bancanara.

CHOCOLATES Y CAFÉS
 DE LA
COMPañIA COLONIAL

TAPIOGA—TÉS

30 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,60 pesetas; semestre: 4,60; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,60 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 16 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 16 céntimos.

Los correspondientes y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

El suplemento, 10 céntimos.

Los correspondientes, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

A los señores correspondientes se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración Peninsular, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.150.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

MADRID.—Imprenta de las Hijas de M. G. Hernández, Libertad, 21 sup.º